
DISCURSO X.

Sobre el mismo asunto.

Redemptionem misit populo suo.
(David, salmo cx, v. 9.)

VERDADERAMENTE, cristianos, que el Espíritu Santo que llena el alma, el corazón y la vida de la Virgen de Nazareth, desde el momento de su Inmaculada Concepción, parece que se propuso adornar y enriquecer á su predilecta escogida con los títulos más consoladores y con los dictados más gloriosos que puede imaginar el entendimiento del hombre. Nombres y títulos que criatura ninguna había de llevar ni en el mundo, ni en el cielo, y que expresan con claridad, distinción y exactitud cada uno de los santísimos oficios que María Santísima desempeña con nosotros, una vez exaltada á la augusta dignidad de Madre de Dios.

Y como las tres coronas que ciñen las purísimas sienes de la Señora son: corona de Virgen, corona de Madre y corona de Reina, en ellas há como querido esculpir el dedo divino la grandeza y la gloria de que ha sido revestida por la Omnipotencia, la sabiduría y el amor de Dios.

Oid que la Iglesia triunfante, la Iglesia militante y la paciente aclaman á María Santísima Virgen poderosa. *Virgo potens*. Alabanza que resuena en los cielos, en la tierra y en los abismos, y que demuestra bien cuánto de su poder ha dado el Omnipotente á María en recompensa de aquella virginidad que se eleva sobre todo lo que es inconstancia, sobre todo lo que es candor, sobre todo lo que es pureza, como no sea la esencia purísima del mismo Dios.

Oid que millares de almas que respiran el aliento de la Divinidad en las alturas de los cielos, y muchos millares de seres que viven en este destierro en el estado feliz de la justificación, y mu-

chísimos millones más de criaturas que no viven la verdadera vida, porque se la roba la gangrena del pecado, recreándose en la virginidad de la Madre y en la maternidad de la Virgen, apellidándola, su alegría las unas, su fortaleza las otras, su refugio y su esperanza todas, la bendicen sin descanso con el inefable dictado de Madre de la divina gracia. *Mater divinæ gratiæ*. Y es que la sabiduría divina, para que fuera Madre dignísima del Verbo Eterno, la constituyó maravilla de la gracia, depositaria de la gracia, dispensadora de la gracia, acueducto de todas las gracias, Virgen y Madre, en una palabra. *Gratia plena*, llena de gracia. Escuchad á la naturaleza angélica y á la naturaleza humana, y oiréis que al ver coronada á María con la diadema de toda virtud, de toda santidad y de toda gloria, pregonan sus excelencias durante los siglos, al fin de los siglos y mucho más allá de los siglos, llamándola Reina de todos los Santos. *Regina Sanctorum omnium*. Reina por la humildad y la abnegación de una vírgen; Reina por el heroísmo, la generosidad y la ternura de una madre.

Títulos encantadores, á la verdad; epítetos gloriosos, para la que destruyó con su planta la cabeza y la obra de la serpiente infernal; pero títulos al lado de los cuales parece que se echa de menos alguna cosa si no escribe también el amor de nuestro corazón el dictado de *Redentora*.

Sí, cristianos; miran las generaciones á María, y ven en Ella el fundamento de la redención en cuanto es Madre del Redentor hecho hombre. Miran los españoles á María, y ven en Ella la que abate y destruye la tiranía de los infieles. Contemplan los pecadores á la Madre de Dios, y la saludan porque rompe sus cadenas. Contemplan á la Madre de Dios los cristianos cautivos, y publican sus mercedes porque, al par que con la vida, les devuelve la suspirada libertad.

Pues sí: con el hermosísimo carácter de REDENTORA DE LOS CAUTIVOS, tengo yo que considerar á María Santísima en la presente mañana; no seré poco afortunado si, contando con la gracia de Dios, consigo manifestaros *que la redención de los cautivos cristianos, obra exclusiva de María Santísima, es un trasunto fiel de la redención de los hombres, obra de Jesucristo. Redemptionem misit populo suo.*

Ave Maria.

Pasó ya el invierno de nuestras desventuras, y cesó la lluvia de persecuciones y martirios que nos ahogaba en nuestra propia

sangre. En esta España, propiedad por excelencia de la Virgen Madre, donde durante una serie de siglos no germinó otra cosa que los abrojos de la miseria, del luto y del desconsuelo, brotaron, por fin, bellísimas y encantadoras, las flores de la abundancia, del regocijo y la alegría: las aves y los pajaritos celebran nuestro rescate, al misterioso murmullo de las aguas y al acompasado rumor de los árboles, de los bosques y de las praderas. Higuera fecunda, nos ofreció sus sazonados frutos, y florecientes viñas reanimaron nuestro abatido espíritu con su delicado perfume.

Y es que se levantó la amiga del Altísimo, y su voz se dejó oír como el arrullo de la tórtola en las cárceles, y más que en las cárceles, en el corazón de los pobrecitos cautivos cristianos. Porque al gemido penetrante del infortunio despertó la Esposa, y saliendo del corazón del Esposo, descendió desde las alturas como una paloma de los cielos: *Ut audiret gemitus compeditorum*. «Para oír los quejidos de los esclavos.» *Ut solveret filios interemptorum*. «Y para romper las ligaduras de los hijos de los que habían ya perecido...» ¡Bendita sea, pues, la Hija compasiva del Sér Supremo, cuyo último rasgo de misericordia ha sobrepujado á sus misericordias anteriores! Este era, hermanos míos, el cántico de admiración y de acción de gracias que más de cuatrocientos hermanos nuestros, libres de la cadena opresora y del alfanje sanguiinario, entonaban allá por los años de 1238 en reverente y justísima gratitud al señalado favor que acababan de recibir de María Santísima.

Y con sobrado fundamento.

La que es el consuelo de los afligidos y el auxilio de los cristianos, vió la consternación de su pueblo en los horrores de la cautividad; escuchó el alarido que arrancaba de su corazón la crueldad de quien le oprimía; y dirigiéndose á su Hijo con los derechos que la asisten como co-redentora del mundo y como Madre de Dios y de los hombres: «Devuélveme, le dice, devuélveme ese pueblo, por quien te suplico, y que es mi alma. Pueblo de mis entrañas que, víctima de la más horrible traición, fué entregado para sufrir las cárceles, los suplicios, el degüello y la muerte. Y, ¡ojalá, Padre Eterno, que me escogiste por tu Hija; Verbo increado, que me destinaste para tu Madre, y Espíritu de amor y de consuelo, que me elegiste para Esposa tuya! ¡Plugiera que esos hijos solamente hubieran sido vendidos para esclavos! Tolerable sería el mal; podría sufrir y callar... pero... ¿y sus almas?»

Y como las almas, oprimidas del demonio, habían sido el blan-

co de la divina y amorosa providencia de Dios en la redención del género humano; y como la Virgen había dado para esta redención lo mejor que pudo dar, que era el fruto bendito de su vientre, triunfó en la presencia de Jesucristo, y el triunfo resonó por los ámbitos de la celestial Jerusalén; y con la santidad en las miradas y el candor en el semblante; con la caridad en los labios y el amor en el corazón; clarísima, como elegido sol del firmamento y del mundo, y sutil como una saeta, déjase ver la noche del 1.º de Agosto de 1218 en el aposento de Pedro Nolasco, le asegura del resultado de sus deseos y del despacho favorable de sus oraciones; pone á su disposición todos los tesoros que hay en el alma de una mujer, Madre en el tiempo del que es Hijo de Dios en la eternidad, y le confía la suspirada redención de todos los cautivos cristianos. *Sic Deus dilexit mundum*. «Tanto amó Dios á los pecadores, que les dió su unigénito Hijo.» Tanto amó María Santísima á los cautivos, que les dió á Pedro Nolasco.

La sencilla narración histórica de esta descensión de la Virgen, de la institución del Orden militar de mercenarios redentores y de los frutos que ellos han producido en el rescate de los cuerpos y de las almas, es una prueba incontestable de que la redención de los cautivos es obra exclusiva de María Santísima. *Redemptionem misit populo suo*. Esto, si lo han podido criticar, no lo han podido desmentir las impiedades de siete siglos: no lo han podido borrar de las páginas de nuestras glorias los que en todos los tiempos quisieran arrancar de nuestros pechos hasta la última centella de nuestra fe, y hacernos retroceder de error en error, y de desatino en desatino, hasta los días infelices de la barbarie.

Pero la redención de los cautivos nó solamente es obra exclusiva de María, sino que, realizada tal como lo fué por la Señora, es un trasunto fiel de la redención de los hombres, obra exclusiva de Jesucristo: la demostración de cuya tesis, apoyándome en el criterio católico, constituye lo más esencial del pensamiento de mi discurso.

Jesús y María son una misma cosa, guardada, por supuesto, la debida proporción, y habida la consideración correspondiente á la infinita distancia que media entre el Criador y la criatura, y que separa á la Divinidad de la humanidad.

Jesús y María, en la sublime economía de la Encarnación del Hijo de Dios, son con toda verdad una misma cosa. Jesús, para darse á los hombres y para ofrecerse en redención por todos y por

muchos, ha de tomar la naturaleza humana de una sola persona, de una Mujer, de Maria, y esto bastaba para ser hijo del hombre; ya que como Hijo de Dios y Dios mismo tenia la naturaleza divina con su Eterno Padre. Y si Jesucristo descendiendo á Maria se abatió hasta la humanidad, anonadándose y tomando la forma de siervo, la humanidad entera quedó divinizada en la Virgen por el contacto de la carne de Maria con la carne divina de Jesus.

Jesus y Maria Santísima son dos paralelas, son el perfectísimo tipo de dos líneas paralelas, que, partiendo de un mismo origen, Dios, han nacido, han vivido, han peregrinado juntas, distinguiéndose siempre, pero sin confundirse nunca, hasta venir á parar, por una serie continuada de prodigios, al punto mismo de donde habian salido; Dios tambien.

Jesus y Maria son para nosotros lo que el Altísimo dijo á Moisés de sí mismo: el *Alfa* y la *Omega*; el principio y el fin. Porque en Jesus y Maria recobró su vitalidad y su grandeza aquella felicidad arrebatada por una culpa, que de libres nos hizo esclavos, que de sabios nos hizo ignorantes, que de nobles nos envileció, y que de inmortales nos unció al carro de la muerte.

Jesus y Maria son el sol y la luna. El sol que puede abrasarnos con el fuego de su justicia; y la luna que modifica, que aleja de nosotros los ardores de este fuego, al templado y apacible fulgor de la misericordia. Sol que ilumina nuestra inteligencia, restaura nuestra memoria, dá impulso á nuestra voluntad; y luna en la que revive nuestra fe, se apoya y sostiene nuestra esperanza, y se reanima poco á poco la llama casi extinguida de nuestra caridad.

Jesus y Maria son las dos piedras angulares en que descansa y sobre que se eleva el edificio grandioso de nuestra libertad; y los dos ejes sobre que giran las puertas eternas, que, por la cooperacion de nuestras obras, por los auxilios de la gracia, y por la aplicacion de los méritos del Hijo y de la Madre, ha de proporcionarnos la entrada á la bienaventuranza.

Por eso, si buscamos á Jesus, lo encontramos inseparable de Maria, y eso aun remontándonos á la eternidad y á los tiempos anteriores á la creacion. *Cum eo eram cuncta componens*. Por eso, al lado de una promesa solemne y divina que nos ofrece á Jesucristo, se pronuncia otra promesa divina y solemne que nos ofrece á Maria: *Ipsa conteret caput tuum*. Junto á una figura majestuosa que simboliza al Salvador, vemos otra figura sublime, encantadora, brillante, que nos representa el manantial donde hemos de beber gozosos las aguas de nuestra salvacion. Y frente á frente de

una profecía histórica que señala la época, detalla las circunstancias y retrata la adorable persona de Jesucristo, encontramos otro vaticinio que, con providencial armonía, nos anuncia, nos describe, nos retrata á Maria Santísima. *Ecce Virgo concipiet et pariet Filium*. Los corazones que suspiraron, las plumas que escribieron, y las lenguas que vaticinaron á Jesus, suspiraron, escribieron y vaticinaron tambien á Maria Santísima.

Ya en la plenitud de los tiempos y en las edades de la gracia Jesus acompaña á Maria; es más: parece que Maria se anticipa á Jesus. Para nacer el Salvador, aparece ántes su Madre: Jesus nace en Belen, y Maria es la que le ha dado á luz. Jesus es corporalmente crucificado en el Calvario, y en la misma montaña y por los mismos verdugos, es espiritualmente crucificada el alma de Maria. Jesus resucita glorioso y sube triunfante á los cielos en virtud de su propio poder; y la Virgen Santísima sube á los cielos en cuerpo y en alma por la virtud y el poder de su Hijo Jesucristo.

Entre Jesus y su Madre existe una semejanza casi igual, una igualdad tal, que es casi una identificacion completa. Son dos seres tan parecidos entre sí como se parecen un ojo á otro ojo, una estrella á otra estrella, una gota de agua á otra gota de agua.

Y lo que habeis oido no es un extravío de mi imaginacion en el discurso; ni una exposicion impertinente del paralelismo admirable que existe entre Jesus y Maria, nó: es como el lienzo cuidadosamente preparado donde un pintor vá á bosquejar dos acontecimientos notables, y donde yo voy á trazar á grandes rasgos la redencion de los cautivos, nó ya como obra de Maria, sinó como trasunto fiel de la redencion de los hombres, obra de Jesucristo, y esto en cuanto al estado del mundo en una y otra época, en cuanto á los personajes que intervienen, y en cuanto á los efectos que de una y otra redencion reporta el género humano.

Veamos.

El estado del mundo á la venida de Jesucristo era un estado salvaje de corrupcion, de tinieblas y de ruinas; y la fe, que parecia haber emigrado á los cielos, conservábase pura únicamente en el alma de muy pocos creyentes. El estado de España al instituir Maria Santísima la esclarecida milicia mercenaria, era tristísimo sobre toda ponderacion: desterrada la virtud, reinaba el vicio; oprimida la libertad y la independencia de nuestros compatriotas, dominaba la barbarie; y la fe, luz de luz que ilumina á todo hombre que ha nacido en España, reinaba solamente en el corazon del

pequeño pueblo de Maria, que estaba como desterrado entre los peñascos inaccesibles de Covadonga.

Las consecuencias funestas del pecado original se habian transmitido de descendencia en descendencia y de generacion en generacion; y aprovechándose el enemigo tentador de la corrupcion que carcomia á la desventurada humanidad, tenia á los hombres aherrojados y oprimidos con la pesada cadena de su eterna perdicion. Los desgarradores efectos del nefando crimen de un Rey desventurado, se sentia en el corazon de sus infortunados súbditos; y el ismaelita vencedor, valiéndose de la superioridad numérica y material de la fuerza bruta, tenia siempre pendiente de sus labios y de su capricho la vida de los que eran sus esclavos.

La redencion del linaje humano por Jesucristo era de indispensable necesidad por los fines que Dios se propuso en su creacion, que fueron nuestra santificacion en esta vida, y nuestra glorificacion en la otra. Y la redencion de los cautivos por Maria Santísima era asimismo de indispensable necesidad, atendidos los fines que la Redentora se propuso en su venida á Zaragoza; que fueron ser nuestra verdadera y única Madre, y vivir con nosotros hasta la consumacion de los siglos.

Ni es ménos sorprendente la identidad, la uniformidad podria decirse mejor, que reina allá en la gloria, al extenderse y firmarse, por quien únicamente podia hacerlo, el decreto de una y otra redencion.

Subamos á los cielos.

Obra es de la Beatísima Trinidad la formacion del hombre y la inspiracion de aquella alma, creada á imágen y semejanza del mismo Dios; del hombre con quién tan pródigo de dónes de gracia y de naturaleza se manifestó su Autor, y que perdió en un solo momento riquezas que habian sido como el pensamiento eterno del Altísimo.

Obra es de las tres Divinas Personas la rehabilitacion de este mismo hombre caido, la devolucion por misericordia de las principales riquezas de que se habia despojado, y todo por un futuro Reparador, engendrado ántes que la luz, ara sobre la cuál el fuego de la caridad habia de quemar las malezas todas de nuestras abominaciones.

Y decretada la redencion del mundo, y aceptada unánimemente la oblacion voluntaria del Verbo divino, obra es asimismo del trino Consistorio la construccion de un arca de indisoluble alianza, vestida interior y exteriormente de oro y de plata, esmaltada de toda clase de piedras preciosas, y dentro de la cuál se guardará el

incorruptible maná, sustento de los hijos de Dios, hasta su llegada á la verdadera piedra de promision. Obra es del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo la creacion, la concepcion y la exaltacion de Maria Santísima á la dignidad de Madre de Dios, y el enriquecerla infinitamente para que desempeñara con la perfeccion que requeria la mision que Dios la confiara, y para ser el adorable immaculado laboratorio donde el Artífice divino principiara, continuara y concluyera la gran empresa de nuestra bienaventuranza temporal y eterna.

Maria Santísima iza en las moradas de la gloria el estandarte de la redencion de los cautivos; apresta como para una empresa exclusivamente suya, las legiones angélicas que la sirven. Y luciendo sobre su frente la triple diadema de Virgen, de Madre y de Redentora, desciende á la ciudad de Barcelona en la inolvidable noche ya citada, y escoge para sí tres varones, como si dijéramos, una trinidad humana en quien Ella deposita nó poco de la omnipotencia, la sabiduria y el amor que de la Trinidad Divina habia recibido.

No olvidemos que el piadosísimo Jaime, primer Rey de Aragon, terror del agareno, simboliza el poder, por la intrepidez de su ánimo y por la dilatacion de sus victorias: que el venerable Raimundo de Peñafort, confesor entónces del primer mercenario, y algun tiempo despues penitenciario y auditor de Gregorio IX, y compilador de sus Decretales, personifica la sabiduria; y que Pedro Nolasco, cuyos ojos seca el llanto y cuyo corazon abrasa el dolor por la suerte de los esclavos, es el amor, es la caridad, viviente en carne humana, y reina y corona de todas las virtudes.

Maria Santísima, que en el tiempo dá á luz á Jesucristo, en el órden natural, desde las moradas de la eternidad dá á luz á los redentores de los cautivos, pero en un órden eminentemente espiritual. El uno y los otros son hijos verdaderos y muy amados de Maria; sigamos, pues, rápidamente sus pasos hasta la terminacion de la obra que á cada uno pertenece.

Jesucristo redime al mundo: Nolasco y los suyos rescatan á los que gimen en poder de los infieles. Jesucristo nace pobre, y pobre muere: Nolasco y sus hermanos aprontan sus riquezas para comprar la libertad de los que lloran.

Jesucristo se ofrece, en cuanto hombre y con generosa voluntad, á la traicion, á los azotes, á las espinas y á la Cruz: Nolasco y sus co-redentores pronuncian solemnemente el cuarto voto de quedarse en rehenes y perder la vida por salvar á los cautivos.

Jesucristo muere en un patíbulo, y Nolasco concluye sus días abrumado de penalidades y padecimientos; Ramon Nonnato vé cosidos sus labios con un candado; Serapio, crucificado en un aspa, sufre que le saquen las entrañas á torno; Armengol es ahorcado y sostenido por Maria Santísima, y todos estos y muchos más mueren en el cumplimiento de lo que á su Reina habian ofrecido.

Jesucristo, redimido el género humano, hace bajar su alma unida á la Divinidad, para sacar del seno de Abraham á los justos que le estaban esperando. Nolasco y sus mercenarios, despues de haber desocupado las cárceles de Mallorca, de Valencia, de Barcelona, de Murcia y de Granada, extienden el heroico beneficio de su redencion á los que por ella suspiraban en las profundas mazmorras de Fez, de Túnez y de Berbería.

Los grandiosos resultados de la redencion obrada por Jesucristo han sido arrancarnos de las garras del demonio, predicar la verdadera moral, establecer la sólida civilizacion, enseñarnos el camino de la virtud y colocarnos á las puertas de la gloria; y los efectos de la redencion mercenaria han sido rescatar los cuerpos y sostener la fe en las almas; predicar con el ejemplo la caridad en su grado más heroico, y dejar escrita en los fastos de la Religion y de la patria la gloriosa memoria de la institucion de redentores, es decir, de la obra de la Virgen-Madre, Reina y Redentora, que una revolucion procaz y una civilizacion impía han hecho desaparecer de nuestro suelo.

Y, para concluir, oigamos lo que Jesucristo y Maria Santísima dicen á sus respectivos Apóstoles, á sus enviados extraordinarios en beneficio de los hombres.

«*Ecce ego mitto vos*, dice Jesucristo á los Apóstoles; *sicut oves inter lupos*. Os envio como ovejas entre los lobos; seréis prudentes como la serpiente, y sencillos como la paloma. Perseguidos y aborrecidos os veréis; pero no temais, porque antes fui yo aborrecido: no os fatigue lo que hayais de hablar ni cómo debais responder. Ya se cuidará de lo que en aquella hora hayais de contestar. *In patientia vestra posidebitis animas vestras*. En la paciencia encontraréis la posesion de vuestras almas.»

«*Majorem charitatem*, dice Maria Santísima á sus frailes mercenarios, *majorem charitatem nemo habet, ut animam suam ponant quis pro amicii suis*. Ninguno tiene mayor caridad que aquel que consagra su fortuna, sus trabajos, sus desvelos y su misma vida á la salvacion de sus amigos. *Vos amici mei estis, si feceritis quae praecepit vobis*. Vosotros seréis mis amigos si haceis lo que yo os mando; y lo que yo os mando es sostener y propagar la

cohorte mercenaria para gloria mia, para santificacion vuestra, y para consuelo, libertad y salvacion de los cautivos cristianos.»

Ahora bien: me parece, católicos, que he demostrado, en cuanto me ha sido posible, que la redencion de los cautivos por Maria, atendidas todas las circunstancias de tiempos, de personas y de resultados, es un trasunto fiel de la redencion del linaje humano por Jesucristo; y creo asimismo que con legítima reverencia y entusiasmo podremos despedirnos hoy de nuestra divina Redentora, dirigiéndola aquellas hermosas palabras que á la suya dirigieron los habitantes de Betulia:

«¡Bendito sea el Señor, Criador del cielo y la tierra, que te escogió para aplastar la cerviz del principe de nuestros enemigos! ¡Y bendito sea porque ha engrandecido tu nombre de tal manera, que jamás faltarán tus alabanzas de los labios de los hombres!» (Judith, cap. XIII, v. 24 y 25.)

¡Sí; bendito sea Dios, y bendita seais Vos, purísima Redentora, objeto con Jesucristo de las complacencias del Altísimo, de quién esperamos la redencion del pecado, el remedio de todas nuestras necesidades espirituales y temporales, la gracia para servir y amar á Dios en esta vida, y la dicha de gozarle despues de nuestra muerte, en la gloria. Así sea.

